

y con espasmos de placer se abreva
en tu mórbido encanto mi deseo.

El alma entonces de placer expira,
la boca tiembla, el seno se levanta,
tus ropas huyen... y la tierra gira
—¡oh Venus inmortal!—bajo tu planta...

A UNA TÍMIDA

Si no fuera tan breve
esta que disfrutamos vida escasa,
rogárate que en nieve
trocaras ese fuego que te abrasa.

Mas son los inmortales
muy avaros del tiempo: nos lo miden
y en partes desiguales,
para que alcance á todos, lo dividen,

Y como nadie sabe
si parte larga ó corta le concierne,
por miedo de que acabe
su vida, á los placeres la discierne.

Goza, pues, sin recelo,
de tu verde mañana, que premiosa,
sin que lo estorbe el cielo,
vendrá después la muerte sigilosa.

Tus ímpetus no acorte
el miedo de pasar por casquivana,
pues el que más te exhorte,
como los otros, morirá mañana.

¿Qué los plácemes valen
ni las censuras agrias, si los hombres,
aun los que sobresalen
viven un poco menos que sus nombres?

¿Ni cómo desconfías
de la bondad de Júpiter inmensa
si, contados tus días,
no puedes inferir eterna ofensa?

Por efímeros unos,
por inmortales otros, su dictamen
nunca hará que ningunos
amantes, por seguirlo, no se amen.

Rabie iracundo el triste
que sus favores disfrutar no puede:
tú, vive cual viviste
y al blando influjo de mi ruego cede.

¿Qué nos importa el necio
cuya envidia, rugiendo, nos amaga?
Su cólera desprecio:
prende, fulmina, y al brillar se apaga.

A los dioses no insulta
nuestro cariño: nunca su fiereza
con suspicacia abulta
de los míseros hombres la flaqueza.

Con espíritu bravo
sigue, pues, el camino de tu gloria,
y ata, diosa, otro esclavo
á tu fulgente carro de victoria.

Parad el vuelo, taciturnas horas,
raudos venid, ¡oh goces no sentidos!
¡Aún el Falerno tiñe de escarlata
el cristal de las copas! Aún sostengo
la jonia lira de brillante plata,
y de la esquiva juventud ingrata
la voladora túnica detengo.

Deshojemos los lirios. Todavía
el canto epitalámico resuena,
escancia Ganimedes ambrosía

y Cintia con sus brazos me encadena;
sus párpados no entorna soñoliento
el ávido placer; fragantes rosas
alfombran el marmóreo pavimento,
y hay lechos de marfil para las diosas!
Deshojemos los lirios. Y mañana
cuando llegue el invierno entumecido,
en sus pálidos brazos de lesbiana,
encuéntreme sin fuerzas y dormido!

ÚLTIMA NECAT

¡Huyen los años como raudas naves!
¡rápidos huyen!

Infecunda Parca
pálida espera. La salobre Estigia
calla dormida.

¡Voladores años!
¡Dado me fuera detener convulso,
horas fugaces, vuestra blanca veste!
Pasan las dichas y temblando llegan
mudos inviernos...

Las fragantes rosas

mustias se vuelvan, y el enhiesto cáliz
cae de la mano. Pensativa el alba
baja del monte. Los placeres todos.
duermen rendidós...

En mis brazos flojos
Cintia descansa.

¿A quién la palma de hermosura toca
sino á ti, la gentil ninfa hechicera,
en cuya fresca y purpurina boca
nace el perfume y el amor espera?
Buscan tus labios revolando leves
las abejas del ática: tu frente
es predilecta de las jónicas flores;
alza, al copiarte, erótico murmullo
el arroyuelo que á tus pies resbala,
y de tu voz el celestial arrullo
al canto de las Piérides iguala.

De Apolo Smínteo las veloces flechas
puso el amor en tus serenos ojos;
atan las gracias tu virgínea zona,
nunca por mano de mortal tocada,
y Venus rubia envidia la corona
por tus trenzas negrísimas formada.

¡A ti la palma, á ti la copa de ónix
y el Eros de marfil; á ti las vides!
¡A ti de Sycos las balantes greyes
y del Tirreno abismo los corales!
¡A ti mi corazón! oh joven reina
amada de los dioses inmortales!
¿Reina no eres? Tu celeste encanto
al propio olimpo su poder extiende,
y de tus hombros torneados prende
un invisible y majestuoso manto!

¡Oh de la dicha casta iniciadoral
¡aquí en mi corazón tu sien reclinal
¡Oh numen del amor, joven divina,
no partas en el carro de la Auroral

Á UN TRISTE

¿Por qué de amor la barca voladora
con ágil mano detener no quieres,
y esquivo menosprecias los placeres
de Venus, la impasible vencedora?

A no volver los años juveniles
huyen, como saetas disparadas
por mano de invisible Sagitario;
triste vejez, como ladrón nocturno,
sorpréndenos sin guarda ni defensa,
y con la extremidad de su arma inmensa,
la copa del placer vuelca Saturno.

¡Aprovecha el minuto y el instante!
 Hoy te ofrece rendida la hermosura
 de sus hechizos el gentil tesoro,
 y llamándote ufana en la espesura,
 suelta Pomona sus cabellos de oro.

En la popa del barco empavesado
 que navega veloz rumbo á Citeres,
 de los amigos el clamor te nombra,
 mientras, tendidas en la egipcia alfombra,
 sus crótalos agitan las mujeres.

Deja, por fin, la solitaria playa,
 y coronado de fragantes flores
 descansa en la barquilla de las diosas!
 ¿Qué importa lo fugaz de los amores?
 ¡También expiran jóvenes las rosas!

A UNA ARTISTA

En vano busco la gentil guirnalda
 que á mi frente ciñeron los Amores.
 ¡El tiempo la agostó! Mas, á tenerla,
 súbito de mis manos la arrancara
 é hincando la rodilla temblorosa
 las flores de Corinto deshojara
 en tu ancha copa de marfil ¡oh, diosa!

¡Oh, predilecta del divino Orfeo!
 ¡Oh, reina de las brisas que susurran
 en los délficos huertos! Para oírte

interrumpen los dioses sus banquetes,
calla suspenso el apolíneo coro,
y tu canto nupcial en lira de oro
acompaña el gallardo Musagetes!

¿Quién á tu voz resiste, si encadenas
con vínculos de amor el albedrío?
¡Ulises para oír á las sirenas
atábase en el mástil del navío.

A LYDIA

Lydia, de tus encantos juveniles
huyen los cautos. La ciprina diosa,
maestra en amansar las voluntades,
en sus rodillas te alecciona astuta:
miras, y vences; hablas, y fascinas;
encubres tus intentos con cautela
y cuando al bosque, Lydia, te encaminas,
Eros, en torno de tus hombros, vuela.

Mas no permitan los prudentes dioses,
guardianes de mi suerte, que deponga

las armas en tu altar, porque tu ahinco
es hacer tributario mi deseo,
rendir mi voluntad, y ya logrado,
huir mis brazos en ligero brinco
dejándome convulso y desarmado.

Lydia: porque ciñeran mi garganta
tus brazos tan flexibles como llenos;
y por sentir con labios y mejillas
el ondular de tus calientes senos;
por estrecharte en la musgosa alfombra,
diera todo mi ser; pero contigo
marcha la astucia, como tetra sombra...
Lydia, divina Lydia, no te sigo.

LIGERA APRECIACION
SOBRE GUTIÉRREZ NÁJERA